



seen nuevamente á Jerusalem, donde está su santuario. Ahora pues, señor mio, infórmate bien si hay alguna maldad de ellos delante de su Dios; subamos á ellos, porque de cierto los pondrá su Dios en nuestras manos y quedarán sujetos al yugo de tu poder. Mas sin ofensa de este pueblo delante de su Dios, no podremos resistirles; porque su Dios los defenderá y seremos oprobio de toda la tierra (1).»

El primer juez fué Othoniel, de la tribu de Judá. Despues de la muerte de los ancianos que habian vivido con Josué, los hijos de Israel habitaron en medio del cananeo y del heteo, y del amorreo, y del ferezeo, y del heveo y del jebuseo. Y tomaron por mujeres las hijas de ellos, y dieron sus hijas á los hijos de ellos, y sirvieron á sus dioses é hicieron lo malo delante del Señor, y olvidáronse de su Dios, sirviendo á los baales y á Astaroth. Y airado el Señor contra Israel, entrégalos en manos de Chusan Rasathaim, rey de Mesopotamia, y sirviéronle ocho años. Y clamaron al Señor, el cual les suscitó su salvador y los libró, es á saber, á Othoniel, hijo de Cenez, hermano menor de Caleb. Y fué en él el espíritu del Señor y juzgó á Israel. Y salió á combate, y el Señor puso en sus manos á Chusan Rasathaim, rey de Siria, y le derrotó. Y quedó en paz la tierra 40 años (2).

El segundo fué Aod, de la tribu de Benjamin. Los hijos de Israel hicieron de nuevo lo malo, y el Eterno fortaleció contra ellos á Eglon, rey de Moab. Y tomando con él á los hijos de Ammon y de Amalec, fué avanzando, atacó á Israel y se hizo dueño de la ciudad de las palmas, es decir, de Jericó, ó bien de Engaddí, entre Jericó y el mar Muerto, que es igualmente llamada en otros lugares la ciudad de las Palmas (3). Jericó podia ser reconstruida en cuanto á un cierto número de casas; pero por lo que hace á las murallas, que, segun el lenguaje de la Escritura, forman propiamente la ciudad, no serán levantadas sino en tiempo de Achab, en que veremos cumplirse la maldición de Josué (4).

(1) Judic, 5, 22-25.

(2) Paralip., 20.

(3) Judic., 5, 5-13.

(4) 3 Reg., 16.

Los hijos de Israel sirvieron á Eglon, rey de Moab, diez y ocho años. Y despues clamaron al Señor, que les suscitó un salvador llamado Aod, hijo de Gera, hijo de Gemini (ó de la tribu de Benjamin), el que se servía de ambas manos como de la derecha. Y los hijos de Israel enviaron por medio de él presentes á Eglon, rey de Moab. Él se hizo una daga de dos cortes, que tenia en medio su guarnicion, larga como la palma de la mano, y ciñóse la debajo del sayo en el muslo derecho. Y presentó los regalos á Eglon, rey de Moab. Y Eglon era muy grueso. Y luego que le hubo presentado los regalos, fué siguiendo á los compañeros que habian venido con él. Y volviéndose desde Gálgala, donde estaban los ídolos (Peselim, cerca de Gálgala, significa ídolos), dijo al rey: «Tengo una palabra que decirte en secreto, oh rey.» Y él le mandó que callase, y habiendo salido todos los que estaban con él, entró Aod á él; estaba sentado solo en un cuarto de verano, y díjole: «Tengo que decirte una palabra de parte de Dios.» Aquel al punto se levantó de su trono. Y Aod alargó su mano izquierda y sacó la daga de su muslo derecho, é hincóse la en el vientre, con tanta fuerza, que la hoja y la guarnicion entraron por la herida y se quedó estrechada con la mucha grosura. Y no sacó la daga, sino que como dió el golpe, así la dejó en el cuerpo; y al punto las heces del vientre salieron por sus vias naturales. Mas Aod, habiendo cerrado muy bien las puertas del cuarto y asegurándolas con el cerrojo, salióse por un postigo. Y entrando los criados del rey, vieron cerradas las puertas del cuarto, y dijeron: «Quizá está limpiando el vientre en el cuarto de verano.» Y esperando largo rato hasta avergonzarse, y viendo que ninguno les abría, tomaron la llave, y abriendo hallaron á su señor que yacia muerto en tierra. Y mientras ellos estaban así turbados, Aod huyó y pasó por el lugar de los ídolos, desde donde habia vuelto atrás. Y llegó á Seirath. Y luego tocó la trompeta en el monte de Efraim; y descendieron con él los hijos de Israel, marchando él mismo á su cabeza. El cual les dijo: «Seguidme, porque el Señor ha puesto en vuestras manos á los moabitas, nuestros enemigos. Y descendieron detrás de él, y tomaron los vados



del Jordan por donde se pasa á Moab, y no dejaron pasar á ninguno, sino que derrotaron cerca de 10.000 moabitas, hombres todos robustos y esforzados. Ninguno de ellos pudo escapar. Y quedó humillado Moab aquel dia bajo de la mano de Israel, y la tierra reposó ochenta años (1).

Los mal llamados filósofos del siglo pasado, dicen que Aod fué culpable del crimen de regicida y de una negra traicion, y que es un mal ejemplo que no debe proponerse al pueblo que no está contento con su soberano y que él ha sido la causa de tantos crímenes como se han cometido de esta clase. Pero esta misma gente nos enseña que un conquistador no adquiere ninguna soberanía sobre la nacion vencida, sino por el propio consentimiento de la misma; que hasta tanto que le haya reconocido libremente por su rey, todo acto de autoridad que llegue á ejercer es una violencia y una usurpacion, que tiene derecho esta misma nacion á arrancarla de sí por la fuerza cuando se halle en condiciones (2). Que nos presenten, pues, esos señores el tratado por medio del cual los israelitas habian reconocido á Eglon por su rey. No fué para ellos sino un opresor extranjero, que sin haber recibido ninguna ofensa, ni sufrido ninguna humillacion de parte de un pueblo libre é independiente, establecido en sus cercanías, se habia arrojado sobre su territorio y puesto guarnicion en alguna de sus plazas, imponiéndole grandes contribuciones. Los mismos autores que así nos arguyen, dicen que los judíos jamás se sometieron á los reyes que los subyugaban; por consiguiente, nunca les consideraban como verdaderos soberanos, sino como enemigos, contra los cuales siempre tenían el derecho de sustraerse de su dominio por medio de la guerra.

El nombre de regicida no cuadra más que al individuo que mata á su propio rey, y no á aquel que mata á un rey enemigo, tirano, déspota, impío é inicuo conquistador, por librarse él y librar tambien á sus compatriotas de un yugo opresor y extranjero. Cuando Mucio Scé-

(1) Jueces, cap. V, v. 9 y 36.

(2) Enciclop., art. *Autorité politique*.

vola pasó al campo de Porsena con el fin de asesinarle por el sitio que habia puesto á Roma, á nadie se le ocurrió calificar esta accion con el nombre de regicidio. No hay una nacion de la antigüedad que haya calificado la accion de Aod de regicidio, sino de legítima y muy legítima.

Además, Aod no era un simple particular, sino jefe enviado por la nacion para que presentara los tributos obligatorios al opresor. Él es el que en Peselim despide al pueblo que le habia acompañado, para llevar los presentes; estas son las palabras propias del hebreo (1). segun el mismo texto, ni aun es siquiera del todo cierto que se valiera de una mentira. La expresion *palabra* significa allí de la misma manera *cosa, orden*. Su frase puede, pues, entenderse literalmente: tengo una cosa secreta para vos ¡oh rey! y tengo una orden de Dios para vos (2). Hé aquí, pues, lo que deben meditar los católicos antes de censurar la conducta de Aod. Y no olviden tampoco que, especialmente entre los pueblos antiguos, se creia generalmente que toda especie de astucia era permitida para con los enemigos del Estado.

Hablamos á los católicos, pues que ellos solos tienen derecho á censurar la accion de Aod, si es que verdaderamente tuvo lugar. Los demás, ya sean herejes, ya incrédulos, no solamente no tienen derecho á vituperarla, aunque fuese vituperable, en sentido católico, sino que por el contrario deben aprobarla, porque el principio en que ellos se fundan para no ser católicos, justifica necesariamente todo lo que un hombre puede hacer, aun lo más criminal. El catolicismo es incontestablemente, en el orden religioso y moral, la suprema autoridad. Por consiguiente, el no reconocerle por razon suprema, es implícitamente no reconocer ninguna autoridad, ninguna regla. Sin él, las ideas de bien y mal, de vicio y de virtud, de buenas obras y de crímenes, no son más que palabras vacías de sentido. El hereje y el filósofo incrédulo van más allá; no solamente rechazan la

(1) *Vaischalakh eth haam nosei hamithnah*. Jueces, cap. III, v. 18.

(2) Jueces, cap. III, v. 20. *Debar elohim li eleica*.



suprema autoridad, el catolicismo, sino que sientan por principio que cada individuo es por sí mismo su suprema ley, su autoridad, su regla soberana. De aquí esta terrible como inevitable consecuencia: todo lo que cualquier individuo juzgue que debe hacer, sea robo ó asesinato, estará bien hecho, porque el ladrón tiene el mismo derecho para ser ladrón, el asesino el mismo derecho para ser asesino, que el hereje para ser hereje y que el incrédulo para ser incrédulo. Por una y otra parte es el mismo el principio y la misma la consecuencia; no hay más diferencia que el objeto á que se aplica el mismo derecho que todos tienen.

El reposo de ochenta años que valió á Israel la victoria de Aod, debe principalmente entenderse de las tribus al oriente del Jordán, y que tenían por límites ó fronteras las tres naciones vencidas, Amalec, Moab y Ammon. De este lado del río parece que durante el mismo período, algunas tribus tuvieron mucho que sufrir y que combatir. Se dice que después de Aod, lo que puede significar después de su victoria, Samgar, hijo de Anath, mató seiscientos filisteos con una reja de arado, ó más bien, según el texto hebreo, con el palo de que se servía para conducir sus bueyes (1). Homero menciona en su antiguo héroe que persiguió á los Baccantes y al mismo Bacchus con un ejército semejante (2). Todavía el palo de que se sirven los labradores de Oriente para llevar mejor el arado y limpiar la tierra que á él se agarra, es una arma terrible, según la descripción que nos hacen los viajeros (3). Sin ir tan lejos, el labrador de la Bretaña tiene un fuerte palo, terminando una de las dos extremidades en punta para picar á los bueyes, y la otra está guarnecida de un hierro en forma de tijera, para descargar el arado y limpiarle. Esto mismo sucede en nuestro país, cuyo nombre es bien conocido por el de rejada, especialmente en Castilla la Vieja, y está destinada á los mismos usos y lleva casi la misma forma.

Samgar no tenía más que un arma de este

(1) Bemalmad habbacar. *Judic.*, 3, 31.

(2) *La Iliada*, 1, 6, v. 135. *Theinomenai douplygi*.

(3) Maundrell, (15 Abril) Bukinghan, *Viaje á Jerusalem*, pág. 57.

género cuando destruyó á los filisteos. Tito Livio hubiera hecho de él, lo que ha hecho de Quinctius Cincinnatus.

La Escritura no nos dice de qué tribu era, ni si gobernó, y en caso afirmativo, cuánto tiempo. Se limita á decirnos que fué un salvador de Israel (1).

Después de la muerte de Aod, cuya época no está determinada, los hijos de Israel volvieron á pecar delante de Jehová. Y entrególos el Señor en manos de Jabin, rey de los cananeos, que reinó en Asor, la alta Galilea (2). Esta ciudad, en otro tiempo capital de varios reinos, había sido quemada por Josué; pero los refugiados de Canaan la habían reedificado y vuelto á poblar. Cinco ó seis siglos después volverá á caer en poder del rey de Nínive (3).

Jabin tenía novecientos carros armados con hoces, y una poderosa infantería, cuyo número no nos dice la Escritura. El general de sus tropas se llamaba Sisara, arrogante por sus numerosas fuerzas; oprimió duramente á los israelitas por espacio de veinte años, pero estos clamaron al Eterno.

Había por aquel tiempo una profetisa llamada Débora, mujer de Lapidoth. El carácter y mérito de esta mujer debían ser muy extraordinarios, puesto que contra la costumbre del Oriente y de aquellos antiguos tiempos, ejercía la autoridad suprema, porque era juez en Israel. Y se sentaba debajo de una palma que tenía su mismo nombre, entre Rama y Bethel, en el monte de Efraim, y venían á ella los hijos de Israel para todos sus litigios. La cual envió á llamar á Barac, hijo de Abino en Cades de Nefthali, y díjole: «El Señor Dios de Israel te ha dado esta orden: Anda y lleva el ejército al monte Thabor. Y tomarás contigo diez mil combatientes de los hijos de Nefthali, y de los hijos de Zabulon, y yo te traeré á ti en el lugar del torrente Sison, á Sisara, general del ejército de Jabin, y sus carros y toda su gente, y los pondré en tu mano.» Y dijo Barac: «Si vienes conmigo, iré; mas si no quieres venir conmigo, no partiré.»

(1) *Judic.*, 3, 31.

(2) *Ibid.*, 4, 1 y 2.

(3) 4. *Reg.*, 4, 29.



La cual le respondió: «Bien está, iré contigo; mas esta vez no se atribuirá á ti la victoria, porque por mano de una mujer será entregado Sisara.» Levantóse, pues, Débora y partió con Barac á Cades (1). El Thabor, donde se había de librar la batalla, es una alta montaña, redonda y hermosa, que se eleva sola en las grandes y magníficas llanuras de Galilea, á las que la Escritura llama el gran campo de Esdralon ó de Maggedo. Al pié de esta montaña brota el torrente de Cison, que marcha al mar Mediterráneo, y el torrente de Cadumina, que va al Jordán; desde allí había como unas diez leguas hasta la ciudad de Asor. Barac convocó en Cades á diez mil combatientes de la tribu de Nefthali, á la que pertenecía él mismo, y de la de Zabulon. Débora le acompañaba. Reuniendo Sisara á los suyos, formó en unión de su ejército á sus seiscientos ó novecientos carros armados y se adelantó hácia el torrente de Cison, teniendo el cuartel general en Haroseth de los gentiles. Pero Débora dijo á Barac: «Levántate, porque este es el día en que el Señor ha puesto á Sisara en tus manos; mira que Él mismo es tu caudillo.» Descendió, pues, Barac del monte Thabor, y con él los diez mil combatientes. Y el Señor llenó de espanto á Sisara y á todos sus carros, y á toda su gente, que fué pasada á filo de espada á la vista de Barac, (según Josefo fueron heridos también por una lluvia de granizo) (2) en tanto extremo, que saltando Sisara del carro, huyó á pié. Y Barac fué siguiendo el alcance de los carros que huían y del ejército hasta Haroseth de los gentiles, y toda la multitud de enemigos pereció hasta no quedar ni uno (3).

Mas Sisara llegó huyendo á la tienda de Jahel, mujer de Haber Cineo; porque había paz entre Jabin, rey de Asor, y la casa de Haber Cineo. Y saliendo Jahel al encuentro de Sisara, le dijo: «Entrad acá, señor mio; entrad y no temáis.» El cual entró en su tienda, y después que ella le cubrió con un manto, la dijo: «Dame, te ruego, un poco de agua, porque traigo gran sed.» Ella abrió un odre de leche y dióle á

(1) *Judic.*, 4, 2, 9.

(2) Josefo, *Ant.*, 1, 5, c. VI.

(3) *Judic.*, 4, 10, 15.

beber, y le cubrió. Y dijo Sisara: «Ponte á la puerta de la tienda; y si alguno llegare y te preguntare diciendo: ¿hay aquí alguno? Responderás: No hay nadie.» Tomó, pues, Jahel, mujer de Haber, un clavo de la tienda, echando también mano de un martillo, y entrando con silencio y sin hacer ruido, aplicó el clavo á una sien de la cabeza de él, y dando con el martillo, se le clavó por el cerebro hasta la tierra, y de esta suerte pasó Sisara del sueño á la muerte. Y hé aquí que Barac venía en seguimiento de Sisara, y habiendo salido Jahel á recibirle, le dijo: «Ven, y te mostraré el hombre que buscas.» Y habiendo entrado adonde estaba ella, vió á Sisara, que yacía muerto, y el clavo atravesado por su sien. Dios, pues, humilló en aquel día á Jabin, rey de Canaan, delante de los hijos de Israel, los cuales cada día se acrecentaban y con mano poderosa oprimían á Jabin, rey de Canaan, hasta que le destruyeron (1).

Había paz entre Jabin, rey de Asor, y la casa de Haber el Cineo; es decir, esto es lo que á nosotros nos parece. El hebreo, donde no hay verbo, puede significar, ó que ha habido paz, ó que la había entonces entre Jabin y la casa de Haber el Cineo (2). Jabin no le oprimía como hacía á los hijos de Israel. Pero entre estos últimos y Haber, no solamente había paz, sino que reinaba la más estrecha alianza. Haber y su familia estaban incorporados á la nación. Quizá también Jahel fuera judía de origen. Cuando ella invitó al general, que huía como los héroes de Homero, á que entrase en su casa, nada dice que pensara engañarle, ni menos matarle. Parece que concibió aquel designio cuando la obligó á que, estando de guardia á la puerta, no dijese á nadie que él estaba allí; es decir, que mintiera, y entonces, determinada, quiso con resolución dar libertad á un pueblo con el cual su tribu estaba muy en armonía. Griega ó romana, es lo cierto que Jahel ha sido generalmente alabada y celebrada por los escritores griegos y romanos. Todavía hoy

(1) *Jueces*, cap. IV, v. 15, 24.

(2) *Kischaom ben iabin meleec hatzor ouben beth haber hákkeni*, 4, 17.



seria celebrada por todas partes una mujer que libertara como ella á su pueblo de la opresion extranjera. No comprendemos que pueda ser tela de juicio semejante accion, sobre todo despues que veamos las alabanzas que la Escritura la tributa.

Una mujer inició la victoria, una mujer la ha terminado, y una mujer la cantará cinco siglos antes de Homero, ocho siglos antes de Píndaro; ella hará un cántico más elevado que lo hicieron Píndaro y Homero. Y cantaron Débora y Barac, hijo de Abinoem, en aquel dia diciendo: «Los de Israel, que espontáneamente expusisteis vuestras almas al peligro, bendecid á Jehová. Oid, reyes; escuchad, príncipes. Yo soy, yo soy la que cantaré al Señor, diré una oracion al Señor Dios de Israel. Señor, cuando salíais de Seir, y pasábais por las regiones de Edom, movióse la tierra y los cielos, y las nubes destilaron aguas. Los montes se derrieron delante de Jehová, y el Sinaí á la presencia del Señor Dios de Israel. En los dias de Samgar, hijo de Anath, en los dias de Jahel cesaron los caminos, y los que iban por ellos anduvieron por sendas desviadas. Cesaron los fuertes en Israel, y dejaron de ser, hasta que se levantó Débora, se levantó una madre en Israel. Nuevos combates escogió el Señor, y él mismo derribó las puertas de los enemigos. No se vió escudo ni lanza en los cuarenta mil de Israel. Mi corazon ama á los príncipes de Israel. Los que de propia voluntad os ofrecisteis al peligro, bendecid á Jehová. Los que cabalgais sobre lucidos asnos, y os sentais para juzgar, y andais por el camino, hablad. En donde fueron estrellados los carros, y fué sofocado el ejército enemigo, allí sean cantadas las justicias de Jehová y su clemencia para con los fuertes de Israel; entonces el pueblo del Señor descendió á las puertas y recobró el señorío. Levántate, levántate, Débora, levántate, levántate, y entona un cántico; adelante, Barac, y haz cautivos á los que te tenian en cautiverio, hijos de Abinoem. Se han salvado las reliquias del pueblo, el Señor combatió con los valientes. Uno de Efraim los derrotó en Amalec, y despues de él uno de Benjamin vino contra tus pueblos ¡oh Amalec! De Machir descendieron los príncipes, y

de Zabulon los que acaudillaron el ejército para guerrear. Los caudillos de Isachar fueron con Débora, y siguieron las pisadas de Barac, el cual se arrojó al peligro como á un precipicio y á un abismo; dividido Ruben contra sí mismo, se hallaron en contienda sus hombres de valor. ¿Por qué habitas entre dos términos para oír los silbidos de tus rebaños? Galaad estaba en reposo á la otra parte del Jordan, y Dan atendía á sus navíos. Aser habitaba en la costa de la mar, y se mantenía en sus puertos. Mas Zabulon y Neftalí ofrecieron sus almas á la muerte en el país de Merome. Vinieron los reyes, y pelearon; pelearon los reyes de Canaan en Fonnach, junto á las aguas de Mageddo, mas no llevaron ninguna presa. Del cielo se combatió contra ellos; las estrellas, estando en su orden y curso, pelearon contra Sísara. El torrente de Cison arrastró sus cadáveres; el torrente de Cadumina, el torrente de Cison huella ¡oh alma mia! los campeones. Los cascos de los caballos se rompieron, huyendo con ímpetu y cayendo por precipicios los más valerosos de los enemigos. «Maldecid á la tierra de Merox, dijo el ángel del Señor; maldecid á sus moradores, porque no vinieron al socorro del Señor, en ayuda de sus más forzudos guerreros. Bendita entre las mujeres Jahel, mujer de Haber Cineo, y bendita sea en su tienda. Dió leche al que le pedia, y en taza de príncipe le presentó manteca. Echó la mano izquierda á un clavo, y la derecha á un martillo de obrero, y buscando en la cabeza lugar para la herida, dió á Sísara el golpe, taladrándole con gran fuerza una sien. Cayó entre sus piés, perdió las fuerzas, y murió; delante de sus piés se revolcaba, y yacia exánime y miserable. La madre de Sísara, mirando por la ventana, daba alaridos, y decia desde su cuarto: ¿Cómo tarda en volver su carro? ¿cómo son tan pesados los piés de sus cuatro caballos? Una de sus mujeres, más advertida que las otras, respondió estas palabras á la suegra: Quizá está ahora repartiendo los despojos, y se está escogiendo para él la más hermosa de las mujeres; vestidos de diversos colores se dan á Sísara por despojo, y se amontonan varios aderezos para adorno del cuello. Así perezcan, Señor, todos tus



enemigos; y los que te aman así brillen, como resplandece el sol en Oriente (1).»

En este sublime cántico, no se sabe qué admirar más, si la galanura de su expresion, ó á la heroica Jahel, que con tan esforzado ánimo su-

(1) Jueces, cap. V, v. 1, 32.

po dar cumplido y eficaz término á la derrota de Cison, cuyas consecuencias fueron sumamente benéficas para los hijos de Jacob.

Con la muerte de Sísara y la destruccion de todo su ejército, Israel pudo disfrutar de los beneficios de una admirable paz por espacio de cuarenta años.